

LAS CARTAS DEL EXTERMINADOR



PERFIL DE UN PSICÓPATA

THRILLER PSICOLÓGICO

J O S E P H R E N A U L D
B E N D A Ñ A

LAS CARTAS DEL EXTERMINADOR

Perfil de un psic ó pata

JOSEPH RENAULD BENDAÑA

Copyright © 20 20 Joseph Renauld Bendaña.

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798604511282

A las víctimas de la injusticia .

LAS CARTAS DEL EXTERMINADOR

Perfil de un psicópata

JOSEPH RENAULD BENDAÑA

Carl Panzram – Muerto en 1930 por el homicidio de 21 personas y la sodomización de mil hombres «Apresúrense, malditos bastardos. Pude haber matado a diez hombres en lo que ustedes perdían el tiempo».

New Tawn 18/01/2019

Querido, señor H.

He visitado recientemente a un psicólogo para confirmar lo que yo ya sabía y que usted también sospechaba, pero que nunca se atrevió a decírmelo: que soy un desequilibrado. Tengo un problema de personalidad múltiple, bipolaridad, ansiedad y depresión. Todo junto es un torbellino del que le aconsejo mejor se escape, bueno, se termine de escapar.

Con gusto acepté que lo soy y con el placer que invade mis sentidos le dedico estas líneas que nacen de dos partes de mi personalidad. La primera es sufrida y algo torpe, quizá hasta débil en gran medida. Así fue como me conoció. La segunda, es una personalidad inestable que me hace dudar de mi sentido común y de la realidad. Por todo ello, aunque no lo crea, lo felicito. Usted creó en mí a un monstruo que podría horrorizarse a sí mismo.

Y no sienta pánico; al menos no por ahora, pues quien le escribe soy yo, el joven tonto que por todo se disculpa con cada individuo que se encuentra en el camino. El que no puede conciliar el sueño porque una vez más su irremediable recuerdo no se puede borrar de su mente, y se ha vuelto un tema recurrente. Le comento que ansiedad es ahora mi amante más dotado. Dotado de tiempo para darme insomnio en cualquier hora de la madrugada, o quizá las noches enteras. También es un buen amante porque conoce qué partes sensibles me puede tocar. Incluso sabe cómo hacerme mojar la almohada. Tiene la perfecta manera de acariciarme los suspiros, los anhelos, los sueños...

Ahora sí, sienta todo el miedo que quiera sentir. Le hablaré de mi otra personalidad, déjeme decirle que tiene tendencia suicida y sociópata. Soy un individuo emocionalmente inestable. No querrá volver a cruzarse en mi camino. De pasar eso no creo que yo tenga el coraje para borrar de mi mente que es usted uno de los personajes más malditos que destruyeron mi vida. Asimismo, a los cuales les he asignado un día, una hora y un año específico en que tendrán que rendirme cuentas. Por el momento no quiero entrar en detalles superfluos sobre lo ocurrido. Ya será en otra ocasión que se lo recordaré, pues esta apenas es la primera carta de muchas que pienso enviarle.

Escóndase de mí, señor H., sería una pena que provoque mi ira antes del día esperado. Eso solo lo conducirá a su desgracia. En tan penoso y desafortunado caso tendré que modificar y urdir unos

cuantos ajustes a mis planes. Espero la oportunidad de gozar cada segundo de nuestro reencuentro. No me dañe nada, no sea un aguafiestas, no me haga enojar. Es de mal gusto que el invitado llegue al convivio antes de que se hayan realizado los preparativos, que estoy más que seguro le encantarán.

Con cariño: Su exterminador que lo espera con ansiedad[[Joseph Gul](#)].

Posdata: Ansiedad es mi amante celoso, me quiere solo para él. Le sugiero no haga nada estúpido.

New Tawn 19-01-2019

Respetado médico cirujano:

Homer Hernán.

Una vez más estoy pensando en usted como todos y cada uno de mis días vividos, que son exactamente 13 140 hasta este momento, menos 8 760 en los que jamás pensé en su persona porque no lo conocía. Eso nos da un total de 4 380 días en los que ha estado presente en mi cabeza desde que abro mis ojos hasta que los vuelvo a cerrar, si tengo algo de suerte.

Le comunico que estos días estoy más inestable que nunca, así que he decidido que llegó la hora de que usted y yo juguemos a los acertijos. Es algo que me complace. Sé que es un hombre ocupado, sobre todo cuando se trata de salvar vidas ajenas. Desde mi entero corazón palpitante de benevolencia espero que esta vez no sea egoísta y piense en su vida como una forma altruista, es decir, que si no sobrevive, no podrá ayudar a aquellos que lo necesitan. Piense en ello, señor H., antes de rehusarse a jugar.

Quiero recordarle que siempre estoy cerca, puede entonces comprender que me he enterado de ciertos planes utópicos que ha querido fabricar a mis espaldas. Por ejemplo, este domingo por la mañana, primero fue a la ferretería y compró una cerradura nueva. Luego, a las ocho y media llamó al cerrajero para encargarle; en pocas palabras, su seguridad. ¿No le parece que se está comportando un poco paranoico, tomando en cuenta que hasta el momento he sido amigable y no le he dado un solo indicio de querer lastimarlo?

Le advertí que no hiciera nada estúpido y lo hizo. Fue a las nueve y cuarenta y cinco a la estación de policía y pidió hablar con el detective *Jessy Brown*. Lo atendió con una sonrisa estúpida que nunca borra de su patética cara, ¿verdad? Eso es porque sé lo mucho que le gusta conversar en redes sociales con jovencitas que todavía son menores de edad. Estoy más que seguro que mientras lo atendía a usted, sostenía el celular en la mano derecha y con la otra simulaba tocar un piano con los dedos en el escritorio, eso se llama desesperación. No le importa su caso, créame.

Es usted un idiota, pero lo comprendo. No conoce su mundo. Le dio detalles de la primera carta que le envié y como resultado lo tranquilizó diciéndole que por lo general los anónimos no son considerados un caso de emergencia. Así pues, que *Brown* solo le aseguró que estudiará el

anónimo con detenimiento y verá si hay existencia de alguna huella dactilar y todo lo que eso implica. Ya sabe, ir de un lado a otro en busca de pistas, que, en mi opinión, no llevarán al detective a ningún lugar. Tampoco creo que él tome el asunto con seriedad.

En fin, con el asunto del acertijo me despido. Quiero que adivine mi edad, si es inteligente solo deberá llevar a cabo unas simples operaciones matemáticas en el párrafo primero de esta carta. ¡Ah!, y por si al caso se le ocurre pensar que esto es un juego del que puede salir cuando quiera, he dejado en la puerta trasera, la de la cocina, una bolsa con un obsequio para que empiece la acción. Además, lo obligo, señor Homer, a enviarme una respuesta por escrito. Dejéla como olvidada en el baño de la terminal de transporte J & C.

Con aprecio: Su exterminador.

New town 20-01-2020

A quien concierne.

No tengo el agrado de decir que es un gusto saludar a un sujeto que está tratando de manipularme. De una vez te advierto que no voy a caer en ese juego. También, si he accedido a mandar esta respuesta, es solo para pedirte que vengas a recoger tu paquete; por el contrario, iré directo a la Estación Central de la Policía Nacional para que inicien una investigación y te arresten. Dado que lo que dejaste en la puerta de mi casa constituye un delito grave, gravísimo. Te recuerdo que no hay crimen perfecto.

Soy un hombre ocupado, tal como dijiste. No cuento con el tiempo que tú dispones para desperdiciarlo, mucho menos en acertijos. Te sugiero que visites a un psiquiatra certificado y pidas que te internen en una clínica de salud mental. Tú problema se llama: Trastorno Disociativo de la Personalidad. No sé mucho al respecto porque no es mi especialidad, sin embargo, creo que es posible que mejores con un buen tratamiento y psicoterapia.

Sin más que agregar, pido no me molestes y sigas tu tratamiento como te lo indiquen.

Atte.: Como tú me llamas; Señor H.

Nota: He dejado este sobre en el baño de la estación de transporte J&C. No me hago responsable por su pérdida, pues debes entender que son muchos los hombres que entran cada día a los urinarios.

New tawn 21-01-2020

Estimado Homer Hernán:

Médico cirujano Hospital Lucas Pers, New Tawn.

El motivo que me mueve a escribirle es para darle una emotiva felicitación como muestra de mi buena voluntad y aprecio.

Aplaudo y festejo su magnífica puesta en escena. Le otorgaría el premio al mejor actor del año, sin embargo, hay un inconveniente... no me siento satisfecho con ciertas tomas que se deben filmar de nuevo. Está olvidando que si usted fue el que siguió el guion, eso me convierte en el director de

la película. Soy el que manda y dirige, no lo olvide. No quiera pasarse de listo porque ambos sabemos que está mintiendo. Conmigo no tiene que fingir una calma que en este momento no posee. Bienvenido a mi mundo, está experimentando las primeras fatigas de la desesperación.

Le voy a narrar las acciones que usted realizó después de leer mi segunda carta, grandísimo mitómano, y espero aprenda la lección. No hay lugar en este mundo donde algún ojo no vea, ni pie que no haya pisado donde yace alguna osamenta a escasos metros bajo el suelo. Tampoco una sola alma que no deba como pecado un pensamiento lascivo. Espero entienda mi punto.

Homer, Homer... Cuando finalizó la guardia en el *Hospital Lucas Pers* a las ocho y cuarenta p. m., se fue sin distracciones directo a su casa. Al llegar, Colocó su maletín en el sofá, se quitó la corbata y desabotonó el cuello de la camisa morada con rayas blancas que lucía bajo la gabacha esa noche. Después bajó la mirada al piso y justo allí estaba ese segundo sobre blanco sin ninguna información exterior, solo la carta adentro.

Debió imaginar que era yo quien le escribía. ¿Quién, sino yo? Porque aparte de ser persona de interés para mí en este momento, usted no es importante para nadie más. Dese cuenta que ni para los patéticos enfermos, que ni siquiera llegan a saber el nombre del doctor que los atiende. Tampoco para sus familiares que disfrutan derrochar su dinero en las fiestas de Navidad y año nuevo. El resto de los meses lo olvidan. Lo peor es que se atreve a diagnosticarme con trastorno disociativo, cuando a también se le dificulta establecer relaciones sociales duraderas.

Por un momento deseó que en mi lugar hubiese sido su exesposa *Sharon* la que le escribía para hablar de lo arrepentida que estaba de haber firmado el divorcio. Pero no, comprendió que no podía ser ella, a mi entender, ya no tiene llaves de su apartamento y no desea volver a verlo ni saber en absoluto de usted. Entonces, no se sorprendió, supo que era yo. Eso lo sé porque actuó toda la mañana en la consulta como si esperaba algo. Miraba por las ventanas hacia la calle, y con especial atención hacía el edificio *Alessandro*. Observó con recelo a sus pacientes, asimismo, tomó incontables tazas de café. Es decir, como si supiera que en cualquier momento tendría noticias mías. Lamento haberlo hecho esperar hasta la noche, entiendo mejor que nadie la ansiedad que le causé.

Después, aunque lo niegue, sostuvo en sus manos con ausencia de denuedo mi humilde carta. Al finalizar la lectura y una relectura, la colocó en el mueble que está al lado derecho de la puerta de entrada a su apartamento. Sin postergar el dilema fue a la cocina, y sus ojos se desorbitaron cuando vio que la puerta del patio estaba abierta. Un frío helado le recorrió todo su miserable cuerpo que cuya alma se le escurrió como tinta en el piso. A un lado encontró un bulto envuelto en bolsas de plástico negras, especiales para echar basura. Las bolsas estaban sujetas con cinta adhesiva. Parecía ser lo que su mente ya le estaba alertando.

Recuerdo perfectamente cuando se inclinó a tocarlo, pero... después de pensarlo por un momento dudó. Se llevó las manos a las sienes. Chupó y mordió su labio inferior. Tocó su quijada e hizo una serie de expresiones faciales propias de quien experimenta pánico. Luego de pensarlo tanto salió a la calle, fue a la *boutique* Jacky march y compró guantes negros dízque para el frío que se aproxima por la entrada del invierno. La chica de la caja asintió a su comentario con una cara que pude interpretar que decía: «estúpido, ¿invierno en enero?».

De nuevo en su apartamento, bajó a la bodega y sacó un pico y una pala. No podía creer que tuviera agallas; y, sin embargo, las tuvo. Montó en sus hombros el cadáver de esa persona brutalmente asesinada. La llevó hasta su coche y la colocó en la cajuela junto a las herramientas seleccionadas con anticipación.

Subió a su automóvil chevrolet azul y abrió la puerta de la cochera, salió a la calle del vecindario y posterior se incorporó a la carretera. Estando en marcha dudó hacia donde debía manejar. Finalmente se decidió por tomar la panamericana sur y conducir a las afueras de *New Tawn*. Su manera de manejar, debo decir, fue una las cosas que me gustó sobremanera: no muy rápido para no llamar la atención de la policía de tránsito ni demasiado lento para no verse como sospechoso evidente de algún delito.

Allí iba usted construyendo su destino en una carretera solitaria bañada por el manto de la noche. Tenía su frente cubierta de perlas de sudor producto de la fatiga. Quizá pensando en su exesposa *Sharon* y los momentos felices que habían vivido juntos. Puedo asegurar que en su interior se lamentaba de su desgracia que lo obligaba a estar justo allí, en medio de la nada, cuando podría estar de camino donde vive ella. Al tenerla de frente pedirle perdón y después de que accediera y lo invitara a pasar, verter champán en un par de copas y terminar haciendo el amor a lo bestia como a ambos les gustaba.

Se detuvo a una orilla de la carretera. Cogió un camino que se adentra en las montañas *Elf Mist*. Estando en medio del bosque tupido y tétrico bajó del coche y abrió la cajuela. Sacó la pala y la piocha. Durante media hora trató de hacer una tumba más o menos profunda para asegurarse de que nadie encontrara lo que había ido a enterrar. Echó el cuerpo al hoyo, lo enterró y cubrió el lugar de la tierra removida con hojas y ramas secas.

La luna se burló de usted, señor H., cuando de repente surgió de entre las nubes y deslumbró el bosque. La noche se volvió clara, un verdadero peligro si alguien lograba verlo. Supongo que se desencantó del luminoso satélite. Por los gestos que hacía, deduje que se preguntó para sí, cómo se involucró en un delito de tal magnitud. Usted, un médico respetado y admirado no solo perderá su reputación, sino que también sus lujos y comodidades por una celda en prisión. Lo único que tendrá de adorno será un inodoro mugriento en el que se verá obligado a realizar sus necesidades fisiológicas a la vista de los demás presos. Parece un acto exhibicionista, no obstante, no puedo dejar de reír al imaginarlo. Me causa morbo el hecho de pensar que las autoridades y principalmente el Estado, destina fondos para la educación y no para cuatro miserables paredes y una puerta que tapen las vergüenzas de los privados de libertad. Veo que la educación y la moral no van de la mano cuando se trata de administración.

En un acto desesperado subió a su coche para salir de la trocha de la montaña hacia la carretera y volver a la ciudad. Lamento que en ese momento haya ensuciado sus botines negros de más de quinientos dólares que siempre lucen como un espejo. Mientras conducía por las desoladas curvas un auto encendió las luces altas y lo alumbró desde atrás. Alguien lo seguía, y quien lo hacía no estaba dispuesto a perderlo de vista hasta alcanzarlo. Se inició una persecución en la que ambos pisaban a tope el acelerador. De vez en cuando su perseguidor tocaba el claxon.

El sudor de sus manos se deslizaba en el volante. Quería escapar, pero sabía que no podía hacerlo. Todo lo incriminaba. Las evidencias circunstanciales lograrían como mínimo una cadena

perpetua si es que no la pena de muerte. No obstante, se detuvo a un lado de la panamericana y esperó a que el auto misterioso lo alcanzara. No creí que fuera capaz de rendirse tan pronto. ¿Será que ya estaba considerando cagar en público?

Una Hilux negra vidrios oscuros se detuvo a su lado. En su interior viajaban dos hombres afroamericanos de aproximadamente unos 36 años. Eran corpulentos y de aspecto bravucones, sin embargo, solo bajaron la ventana para preguntarle si iban en la dirección correcta hacia *New Tawn*. Usted respondió que sí, con un tartamudeo que no pudo ocultar. Tuvo suerte de que los desorientados ni siquiera se imaginaran de que estaban hablando con un delincuente, porque eso es en lo que se ha convertido.

El hombre que iba sentado en el asiento del acompañante lo miró con ojos penetrantes e intensos y le dijo de manera burlesca: «¿Qué te pasa, viejo? Parece que te hace falta un poco de hierba o algo de sol. Te ves como si vinieras saliendo de tu sarcófago, anciano de mierda». Ambos hombres se lanzaron una carcajada. El conductor subió el volumen al estéreo y pisó el acelerador. En un parpadeo ya no estaban al alcance de su vista.

Usted quedó perplejo por la adrenalina que recorrió su cuerpo. Luego puso en marcha el carro por segunda vez. El paisaje tenebroso con árboles deformes fue quedando atrás mientras se alejaba de la montaña *Elf Mist* para adentrarse de nuevo a la concurrida ciudad de *New Tawn*.

La parte intensa que se agregó a su noche inusual fue cuando recibió una llamada a su celular. El número le resultó desconocido, entonces lo ignoró. Una segunda y una tercera llamada con insistencia hicieron vibrar y sonar de manera recurrente el aparato. Contestó con disgusto, pero eso se convirtió rápidamente en sorpresa al escuchar la voz del detective *Jessy Brown*. ¡Joder! Se sintió acabado y condenado. Pisó por error el freno de un solo golpe, perdió el control. Como resultado su auto se estrelló contra un poste del tendido eléctrico. El impacto no fue muy fuerte, solo se abolló la parte delantera del vehículo que de milagro siguió funcionando. *Jessy* escuchó el ruido, pero usted supo manejar la situación. No iba a ser estúpido para decirle en donde se encontraba.

Brown le pidió que lo visitara en su oficina porque quiere hablar con usted sobre un asunto de importancia. Espero que no se haya metido en serios problemas, señor H.

Y así comenzó la acción de nuestro juego. ¿Ve como resulta de entretenido narrar los sucesos tal como acontecieron? Eso esperaba de usted, que fuera honesto y me contara lo que había hecho. Sin embargo, decidió mentirme. Por esa razón he decidido que voy a añadir más problemas a su existencia si no me obedece.

El juego continúa y estoy esperando que adivine mi edad. Solo entonces sabrá quién soy, o por lo menos seguir analizando pistas. Le ordeno que me envíe una respuesta, y esta vez trate de no ser breve. A mí me gusta que me cuenten las acciones con más detenimiento. Cumpla con lo que le indico, no me haga enojar más.

Me despido deseándole lo mejor en su encuentro con *Brown*.

Con cariño: Su exterminador.

A: Exterminador

Buenas tardes, hombre misterioso que se hace llamar Exterminador. Quiero ofrecerte una disculpa por la pésima actitud que tuve hacia tu persona. Quiero que sepas que estoy a tu disposición y atento a cumplir tus órdenes.

No voy a hacer ningún comentario sobre tu carta anterior. Acepto que me tienes en tus manos. Me sorprende cómo sabes de manera global lo que sucedió. En efecto todo es verdad y no hay un solo detalle que hayas olvidado mencionar.

Estuve analizando el acertijo con respecto a tu edad. Según los datos que me enviaste, los días que has vivido hasta la fecha son 13 140. Dividí esa cantidad entre los treientos sesenta y cinco días que tiene el año. El producto de esa operación matemática es... 36. Esa es tu edad, espero no estar equivocado. Luego a esa cantidad le resté los 8 760 días que dices que son los que nunca pensaste en mí porque no me conocías. En ese momento descubrí que te referías a que tenías 25 años cuando me conociste, y por esa razón dijiste que 4 380 días he estado presente en tu cabeza desde entonces. En consecuencia, hace aproximadamente 12 años que te conocí -o me conoces- pero no sé quién eres, ese es mi problema. No logro descifrar todavía quién está detrás de esta manipulación enfermiza. Pero te juro que muy pronto lo voy a descubrir.

No creo que seas un expaciente inconforme porque en toda mi carrera como cirujano nunca he tenido problemas con alguien. Los pacientes que llegan al Hospital Lucas Pers no son agradecidos como yo quisiera, pero tampoco les doy motivo para que se marchen inconformes. Espero que la respuesta al acertijo dé en el blanco. Aunque te digo que de todo puedo dudar, menos de una ciencia exacta como lo es la matemática. En otras palabras, me siento seguro.

A propósito de ciencias exactas, esta mañana fui a reunirme con el detective *Brown*. Quedé impactado cuando me dijo que mi caso debía ser un intento de burla para el sistema. Preguntó que cómo no se me había ocurrido antes que en cualquier momento se enteraría del engaño. La carta que le entregué en días anteriores tiene una milagral jugada de tu parte. Tiene la fecha del año pasado. Me hizo sentir estúpido por hacerle perder el tiempo. Traté de hacerle ver que tal vez fue un error de tu parte. No logré persuadirlo y me pidió abandonara su oficina. Lo último que me dijo antes de cerrar la puerta fue: «Usted ya es un cirujano de renombre, ¿por qué busca publicidad de esta manera? ¿A caso quiere salir en los periódicos de todo el país?»

No tuve respuesta para ese bochorno, menos cuando vi algo insólito. El hombre afroamericano que manejaba la camioneta Hilux la noche anterior entró a la estación y pidió hablar con el detective que estuviera a cargo de llevar los casos de personas desaparecidas. El recepcionista le indicó que se sentara en una banca de la sala de espera. Entonces perdió el control y comenzó a gritar. Quería ser atendido cuanto antes. Dijo a viva voz que su compañero de viaje estaba desaparecido y no lograba encontrarlo.

Sentí escalofrío, dado que imaginé lo peor. Cuando salí quise pasar desapercibido, pero sus ojos negros y mis ojos azules chocaron como dos autos en un accidente. Quizá trató de reconocerme. El fallido intento fue interrumpido por el detective. Le indicó que era su turno de ser atendido.

Aproveché la oportunidad y salí como propulsado por el mismo temor que tú intentas infundirme.

Mas tarde cuando llegué a mi apartamento me quité la ropa y anduve caminando en bóxer. Preparé la bañera y me metí a darme un baño relajante. Cerré mis ojos y comencé a pensar en las situaciones incómodas en las que me has metido en los últimos días. De pronto tuve una epifanía. Supe que eres la clase de persona que actúa con premeditación y alevosía. No creo y nunca creí en las casualidades. ¿Será posible que tú tengas algo que ver en la desaparición de ese hombre? Esa pregunta me ocupaba cuando alguien llamó a la puerta. Tocaban con exasperación.

Me vi obligado a salir de la bañera. Anudé una tohalla a mi cintura. Bajé las escaleras del cuarto que conducen a la sala. Abrí la puerta de la calle. Como un huracán *Shanaya* entró y desató una ininterrumpida sarta de reclamos en mi contra. «Lo sé todo, lo sé todo. ¿Cómo pudiste hacerlo?, ¿cómo pudiste hacerlo? Eres un imbécil, un despreciable ser por tu vil comportamiento. ¡Puto de mierda! Toda nuestra familia sabe lo que le hiciste a mi hermana». Quedé impactado, enmudecí. Me vi como dijiste «cagando en público». Cuando logré recuperar la voz solo fui capaz de decir «Wow». Y luego pensé, «Mierda ¿Será lo que estoy pensando?».

Shanaya disminuyó el esfuerzo por atacarme con palabras ofensivas. Inspiró con calma y se sentó en el sofá. Yo, que aún continuaba de pie, giré hacia ella, y solo entonces fue cuando me percaté que utilizaba una muleta. Ese detalle no robó mi atención en un primer momento. Solo pregunté la razón del escándalo. Me miró apenada y dijo: «Discúlpame, Homer, no fue mi intención actuar como una maniática. Es solo que a mí y a mi familia nos tomó por sorpresa el divorcio de ustedes. *Sharon* en algún momento comentó durante una cena familiar en casa de mis padres acerca de la mala racha que estaba pasando en su matrimonio. Lo que no puedo entender es cómo dejaste que una aventura pasajera lo arruinara todo».

«¡Ah! Era eso». Dije aliviado. Sin embargo, *Shanaya* agregó algo más: «¿Sabes que mi hermana está desaparecida? Otra fuera la historia si no se hubieran separado por tu culpa. Tal vez la habrías protegido». Al escuchar lo que temía me senté en el sofá de enfrente, el estupor gobernó mi alma. Me acordé de la típica frase policial en la que le dicen al detenido: «Tiene derecho a guardar silencio, todo lo que diga podría ser usado en su contra». Mi excuñada continuó hablando:

«Ayer en la mañana llamé a *Sharon* para avisarle que llegaría a visitarla a su apartamento. Estaba muy contenta de recibirme, incluso dijo que así olvidaría lo cerdo y cínico que eres. Aunque actuaba como si nada, intuí que estaba pasando por una depresión difícil. Quedamos de vernos a las ocho de la mañana, después de que yo dejara a Bety en el colegio. Horas más tarde encontré la puerta del apartamento de mi hermana entreabierta, estaba de solo empujar.

Al entrar me percaté que el grifo del lavaplatos estaba abierto. Ella había pelado plátanos y zanahorias allí, por ese motivo se taqueó la tubería y el agua corría por todas partes. Una olla estaba hirviendo con poca agua, las verduras se quemaban. Dado que *Sharon* nunca había sido descuidada, entré en modo alerta. Supe que algo no andaba bien. Caminé hacia el cuarto y respiré paz al escuchar que la llave del baño botaba agua. Guie mis pasos hacia donde supuse que estaría, pero no, no estaba.

Después vi su cartera en el piso con todas sus tarjetas de crédito y dinero en efectivo. Su celular estaba encima de la cama. Fue cuando me alarmé y salí corriendo como loca. Creo que algo le

pasó a mi hermana y quiero que me acompañes a interponer la denuncia para que se inicie cuanto antes su búsqueda».

La interrumpí y le pregunté el motivo por el cuál no puso antes la denuncia. Ella me explicó lo que yo ya sabía, que debía esperar cuarenta y ocho horas para darla oficialmente por desaparecida. Tuve mis dudas acerca de la historia que acababa de escuchar. Mi cuñada sufre de bipolaridad. Es emocionalmente inestable al igual que tú. Hace un par de años fue dada de alta del hospital psiquiátrico Kilómetros 5. Fue internada luego de caer en una depresión y estrés postraumático, debido a que fue la primera persona en encontrar a su esposo de 56 años, *Jonathan Byrne*, asesinado en el patio de su casa, cerca de la casa del perro. La causa de la muerte, según medicina forense, fue asfixia mecánica. Sin embargo, el cuerpo recibió múltiples heridas y torturas que no llegarían a causar la muerte, pero sí infligir una agonía inimaginable.

En primera instancia ella fue considerada una sospechosa del crimen, sin embargo esa posibilidad fue descartada por falta de pruebas que la ligaran directamente con el caso. Su coartada desde un principio fue haber participado en una reunión de padres de familia en la escuela de su hija Bety. Coartada que fue corroborada por los detectives.

Shanaya comenzó a descontrolarse y se alteró nuevamente. Esta vez decía incoherencias que parecían pistas delatoras; cada golpe de la muleta en el suelo parecía una detonación delatora que hallara resonancia en un combinado de desfiladeros"

Sabes, exterminador, siento que en el fondo de mí ser sé lo que sucedió. No obstante, me niego a creerlo, pero tengo que hacer la pregunta: ¿tienes algo que ver en la desaparición de mi exesposa *Sharon* y del hombre afroamericano? ¿Eres el culpable de la desaparición de estas dos personas?

Atte.: El señor H.

Estimado:

Dr. Homer Hernán Delaney.

Apuesto que no esperaba saber de mí en mucho tiempo. Pero aquí me tiene respirando un aire helado y denso, mientras escribo esta carta sentado frente a un viejo escritorio de un hospital abandonado en las afueras de *New Tawn*. Aquí las únicas luces que entran por las ventanas de vidrio rotas, son los rayos del sol durante el día. Aunque no logra disipar las eternas sombras. También la misteriosa, curiosa y pálida luna que alumbra a medias por las noches, a través de un paisaje tupido de mayúsculos árboles que se deforman al caer la oscuridad, y la densa niebla que cubre los alrededores. Asimismo, los pasillos y los cuartos mohosos y polvorientos reciben una claridad tenue dejando a la vista toda clase de antigüedades mugrientas. Es un sitio tétrico y fantasmal en el que puedo experimentar un peso en mis párpados que me hace sentir enfermo. Y de manera esporádica se me dificulta respirar. Me pregunto si es una forma de entender el sufrimiento que pasaron los pacientes durante sus largas agonías.

De vez en cuando hago pausas. Si agudizo mis oídos percibo el sonido lejano de un piano que está siendo tocado de manera diestra para agregar suspenso a mis palabras. Raro, pero es real. Es similar a esas películas en las que un ente se aferra a la vida, sigue interactuando con este mundo al que ya no pertenece. Y se niegan a caminar al más allá. Algunas veces me paseo lentamente por los pasillos buscando algo que no sé qué es. Cierro los ojos y escucho risas de niños corriendo de un lado a otro. Siento la presencia de aquellos que un día trabajaron en este hospital y me abraza la melancolía. Después sigo caminando y lo que encuentro en cada sala a la que voy, son puntos fríos o calientes en un lugar concreto. Como si fuera una bolsa de aire caliente o frío.

Regreso al escritorio, prosigo la redacción. Ahora me llegan a la nariz olores inexplicables. Yo que he vivido varios fenómenos paranormales, puedo decir que esto ocurre. De repente te viene un olor inexplicable, de flores, a podredumbre u a otros elementos. También de súbito me invade la sensación de estar siendo observado y tocado por alguien. Cuando esto ocurre me quedan impresiones de manos o huellas en alguna parte de mi cuerpo. Otro fenómeno que he vivido en primera persona es el hecho de sentirme poseído por fuerzas oscuras que me dicen qué hacer y termino obedeciendo.

Mientras escribo estas líneas me viene a la cabeza lo que leí en su reciente carta. Entonces pienso en usted como una pobre alma atormentada en un mundo sin justicia, sin control e inundada de perversidad. No sé si el mero hecho de nacer ya sea un castigo, o si el castigo es morir. Señor H., sé que en la búsqueda de quien es, se a perdido. Pero aquí estoy yo... para que encuentre su destino. Como podrá comprender, si le estoy escribiendo y usted tiene esta carta ya en sus manos, es porque aún estoy vivo. Esto quiere decir que cometió un craso error. Agregó un delito más a su pesada conciencia.

Puedo narrar este suceso en particular, con la enfermiza sensación de tener a mi disposición los elementos necesarios de una novela gótica. El piano aún suena, mientras permanezco aquí, en el tercer piso donde alguna vez fueron tratados pacientes con enfermedades terminales. Sigo aquí...

escribiendo inclinado en el mueble. Los muertos que no veo pero siento... me rodean esperando que comience a contar los acontecimientos que lo han llevado a su estado actual: la demencia.

En primer lugar, parecía que esa mañana iba a ser un día normal, pero la llegada de *Shanaya* lo alteró sobremedida. Usted recibió de sorpresa la noticia de la desaparición de su amada exesposa *Sharon*. Sé lo que imaginó y cómo lo procesó su cerebro. Tuvo la epifanía de que el hallazgo del cadáver en la puerta de la cocina de su apartamento la noche anterior, era su exesposa. Para bien o para mal, usted, cometió un error. No recapacitó en que, dada su condición de médico, su instinto profesional y humano debía ser abrir el envoltorio de bolsas plásticas y descubrir el rostro de la víctima. Solo así hubiese sabido la identidad.

El estupor que lo invadió dejó un claro indicio, había enterrado el cuerpo de *Sharon* en un las profundidades de la montaña *Elf Mist*. Sin embargo, eso tampoco era seguro. ¿Si no era ella, entonces quién? Solo regresando al lugar de la tumba improvisada terminaría de entender el misterio.

En segundo lugar, señor H., se permitió pensar que yo había bajado la guardia y me había mostrado débil ante usted. Entiendo que los antecedentes psicológicos de su excuñada se prestaron a malas interpretaciones. Creyó que *Shanaya* era la loca, psicópata y esquizofrénica que lo estuvo acosando. Le confieso que me ofende el hecho de que me haya comparado a una mujer. Ya sabe, a ellas les gustan cosas que a mí no, pero a usted sí.

Lamento que estos días no haya dormido bien por estar pensando en el acertijo. Ese desgaste de neuronas lo separó por un instante de la realidad. Como resultado una sujeción demoniaca encontró la forma de inhibir su manera de pensar y de actuar. También lo comprendo, en casos de desesperación se pierde el raciocinio. Ya influenciado por su personalidad reprimida volvió a ver a la mujer y le sonrió. Depósito una leve palmada en su hombro como señal de que todo estaría bien.

Luego subió al cuarto y sacó su revólver. De manera sigilosa regresó a la sala y sorprendió a la chica que estaba embelesada viendo en la pared una réplica de la pintura El grito. ¡Joder! No es estúpido, pues sabe que si ponen una formal denuncia en la Estación de Policía, usted sería el principal sospechoso.

La tomó por detrás, la encañonó con su pistola en lo que su arma anatómica de macho dominante adquirió la dureza del metal. Le colocó un pañuelo dentro de la boca y la cello con cinta adhesiva. La obligó a subir las escaleras, la acostó y esposó sus manos y pies en las cuatro esquinas de la cama. Ella no pudo hacer ni decir nada, puesto que temió que una bala le volara los sesos. Era imposible que lo hiciera, sin embargo, sus verdes ojos mostraron el terror que por muchos años la tuvo atada a su pasado y que fuera el motivo de sus constantes pesadillas. Tanto *Sharon* como *Shanaya* habían sido abusadas sexualmente en su niñez por su padre biológico, William O'Brien.

Una vez más la inocente chica se vio expuesta al ataque de los demonios a los que siempre temió su regreso. Usted se desató la toalla, dejó expuesto su descomunal miembro. Cogió una tijera de la mesa de noche y fue cortando lentamente la blusa y el brasier. Luego cortó el *Blue jeans* pasando las afiladas ojas del instrumento muy cerca de la vagina. Finalmente cortó el *bikini* rojo,

por desgracia rojo fue el color que eligió usar ese día. Al terminar los cortes admiró la vagina cubierta de vellos. Su instinto animal lo animó a infligirle dolor. Mordió desde los pechos hasta las piernas; desde el cuello hasta los glúteos. Repartió bofetadas, golpes y azotazos en su humanidad. Las mordidas empezaron a sangrar hasta manchar las sabanas. Finalmente introdujo su miembro en la vagina y le práctico el sexo más salvaje que alguien pueda imaginar. Las lágrimas recorriendo las mejillas rosáceas le parecieron un cálido río cristalino que le recordó el sermón del Reverendo *Piter Blade*, sobre el paraíso y el pecado de Eva. ¿Cómo era posible que la humanidad se privada del placer que proporciona el sexo, esa jugosa fruta prohibida, de no haber sido por ella que se atrevió a obsequiarlo? Eva se sacrificó siendo perfecta, por qué no podía hacerlo también *Shanaya*?

Casi para alcanzar el clímax perdió el juicio más de lo que ya lo tenía, le apretó la garganta en tanto que bombeaba. Cuando finalmente concluyó el ejercicio brutal, se percató de la sangre que manaba de la nariz y oídos de la víctima. Se quitó de encima del cuerpo y presencié con satisfacción las últimas patadas de asfixia. Abrió el cajón tercero de su mesa de noche y extrajo una daga. Sin pena ni presencia de remordimiento le deslizó el cuchillo por la garganta, hasta provocar una cascada de sangre desde la yugular hasta los pechos.

Luego hizo lo de costumbre, fue a la cocina y llevó al cuarto dos bolsas plásticas grandes. Metió la primera bolsa por la cabeza. Como no logró que alcanzara completa, debido a la altura de *Shanaya*, utilizó la segunda bolsa metiéndola por los pies. Sin dilación, ató con cinta adhesiva. No contento con ello prosiguió a envolver todo el cadáver con lo antes mencionado.

Arrastró el cuerpo hasta la bodega y lo rodó por las escaleras. Cerró la puerta y regresó al garaje. Tras una revisión del coche, se percató que no tenía suficiente gasolina para un viaje largo. Entonces subió las escaleras y recogió las sabanas manchadas de sangre, la ropa cortada y la tohalla que había usado todo ese tiempo e hizo un motete y lo fue a colocar en la cajuela. Regresó al cuarto, entró a la bañera y agregó jabón líquido. Se introdujo en el agua, de manera sádica tuvo la sensación de plenitud y éxtasis en auge.

Esperó a que llegara la noche. Fue a la gasolinera y compró combustible para llevar. Fue cauteloso en ese sentido, sabía que no debía sacar el carro a plena luz del día cuando todos podrían ver la abolladura en la parte delantera. No había tenido tiempo de llevarlo a un taller. Sin embargo, su auto no había sufrido desperfectos mecánicos, así que no sería ningún problema usarlo esa noche para una nueva misión.

Provisto de combustible, fue a la bodega y arrastró el cadáver hasta el garaje, en donde puso el cuerpo en la cajuela. Volvió a la bodega y le dijo al pobre de *Terry smith* «No sientas temor, *Terry*, la oscuridad no hace daño. Lo que hace daño es lo que dejamos escapar de nuestro débil cerebro y corazón. Volveré por ti, no vayas a ningún lado».

El pobre hombre lloró como un niño. Balbuceó un par de palabras que no pudieron ser entendidos por la mordaza. Usted bajó de mala voluntad hasta donde estaba atado, le quitó de la boca lo que le impedía entender y le preguntó «¿Qué dijiste, *Terry*?». Él contestó «Perdón, nunca fue mi intención burlarme de usted. Tenga piedad de mí. Por favor, tenga piedad». Su respuesta fue «Demasiado tarde, *Terry*, tienes que pagar como lo han hecho los demás», y volvió a colocarle la mordaza.

Antes de cerrar la puerta y dejarlo una vez más en la oscura y mohosa bodega, lo miró a los ojos y descubrió en ellos un brío apagado. Reconoció ese temor, era el mismo miedo que en reiteradas ocasiones usted sintió en situaciones similares. Eso lo llevó en retrospectiva a esos días en que su padre, el señor *Thomas Hernán Wessels*, lo llevaba de campamento y realizaba prácticas inmorales que por su corta edad no comprendía. Su padre abusaba sexualmente de su niñez al tener sexo con prostitutas estando usted presente. Las mujeres gemían de placer y hasta lloraban del gusto que sentían al tener entre sus piernas el descomunal miembro del Señor *Hernán*, algo que puede agradecer por herencia. Sin embargo, no percibía el goce del sexo en ese momento, pues pensaba que su padre las estaba apuñalando con su miembro.

Al parecer él disfrutaba el exhibicionismo, razón suficiente para que sintiera un placer intenso al ser observado por su hijo. Lo estaba preparando para seguir sus pasos de macho. Con el tiempo empezó a obligarlo a participar del sexo con prostitutas que él pasaba recogiendo por alguna calle concurrida de ese oficio. Daba buenas propinas a parte del pago habitual con tal de que dejaran que su hijo las penetrara por ambos orificios. Usted lloraba, entonces su padre lo golpeaba y le decía que tenía que hacerse hombre.

El señor *Thomas* pronto llegó a sentir un vacío que ya no llenaba el exhibicionismo ni las trabajadoras sexuales. Así que, usted se convirtió en el siguiente placer. Era el único que podía llenar su vacío. Ocurrió lo que ya se veía venir, comenzó a abusarlo sexualmente. Cada dos o tres meses se inventaba un nuevo campamento o el plan de una visita inesperada a casa de su madre, abuela de usted, la señora *Candie Wessels*, que vivía en el mismo poblado que ustedes, en *Pine City*. Visitas que nunca se concretaban porque él planeaba otros rumbos. Ello era para llevarlo consigo a todas partes y asegurarse de que estaría disponible a toda hora.

La señora *Estéfani Delaney de Hernán*, su madre, nunca se enteró de lo que sucedía. Dependía de altas dosis de antidepresivos para sobrellevar el luto. La pena por la cuál se lamentaba encerrada entre las cuatro paredes de su cuarto era la pérdida de su difunta hija, hermana de usted, la señorita *Lily Hernán Delaney*. Con tan solo diez años fue encontrada degollada en la bañera de su cuarto. Según el certificado de medicina legal, la causa de la muerte no fue precisamente el corte certero en la yugular, sino asfixia mecánica.

La escena del crimen fue alterada, eso lo aseguraron los peritos de la Policía Nacional y en especial el detective *Robert Mcarney*, puesto que en el jardín se recuperaron gotas de sangre. Eso indica que el homicidio no ocurrió en la bañera, sino en el patio trasero de la casa. Era seguro que las muestras de sangre que hallaron en el césped fueran producto de vasos sanguíneos reventados por la presión en la garganta. Además, la decapitación ocurrió *posmortem* al igual que la violación. La ropa de la pequeña tenía manchas verdes en la espalda, lo que se interpretó al respecto fue, que la arrastraron por el césped hasta el interior de la casa donde intentaron burlar a la policía montando una escena del crimen falsa.

El día que tuvo lugar el suceso sus padres asistieron a la iglesia como todos los domingos. El reverendo *Piter Blade* les había otorgado privilegios por ser miembros activos de la congregación. Además, eran la pareja que más apoyaba económicamente la obra cristiana, todo un ejemplo a seguir. Por estas razones eran imprescindibles en el grupo selecto de comidas

familiares en la casa de *Blade*. Es una pena que ese día hayan asistido a una distracción que le dio tiempo al asesino. ¿Una rara coartada para su padre, no cree? Porque en este momento, hasta yo que soy un simple espectador y narrador de los hechos dudaría de él.

Cuando sus padres volvieron a casa descubrieron la pesadilla. *Lily* fue encontrada muerta a las dos de la tarde, aunque el reporte forense dio la hora aproximada de la muerte. Se ubicó entre las ocho y las nueve de la mañana. Tiempo en que el homicida aprovechó para escapar.

Usted llegó a su casa media hora después del levantamiento del cuerpo. Según le aseguró a sus padres, había permanecido todo el día en casa de la familia *Barclay*: puesto que su amigo y compañero de clases *Julio Barclay* lo invitó a jugar videojuegos. El celular se había descargado y no se interesó en ponerlo a cargar por lo entretenidas que resultaron las actividades de diversión que realizaron. Un perfecto mentiroso, dado que era muy retraído. Nada lo sacaba de su ensimismamiento.

Aseguró no haberse percatado de las incontables llamadas que le hicieron. Que conveniente que tampoco hayan contestado el teléfono de planta de la casa de su amigo. Aquí entre nos, sé lo que pasó; alguien desconectó el cable. Permítame reír y brindar a su salud una copa de güisky por su mente maquiavélica. Somos tan diferentes después de todo. Usted destruye vidas y yo hago el trabajo de su conciencia.

El asesino se esfumó de *Pine City* como volutas de humo que serpentean en el aire y luego ya no están, no dejó huellas ni evidencias que lo delataran. La gente del vecindario quedó conmocionada. Era la primera vez que se registraba un hecho sangriento dentro de una comunidad de familias cristianas y de buena educación. Sin embargo, pese a que todos se conocían entre todos y que alguna vez habían compartido parrilladas en los patios de sus casas, comenzaron a dudar unos de otros. Ese hecho transformó para siempre la forma de vida de *Pine City*.

Los niños dejaron de pasear en bicicletas por los andenes. Las bancas de los parques pasaron días enteros sin recibir un visitante. Ya no era común contemplar intelectuales leyendo libros bajo las sombras de los árboles frondosos y vivaces. Ni hermosas chicas con figuras de *barbies* trotando por las mañanas. De haber tenido conciencia los jardines, estos habrían muerto de tristeza al pensar que cuya belleza no era admirada. Algunas familias, por no decir casi todas, se mudaron a otros poblados movidos por la insertidumbre de no saber si ellos serían la próxima víctima.

En gran parte las personas desconfiadas tenían razón. Con el paso de los años se descubrieron en distintas partes del vecindario y del Estado nuevos asesinatos que parecían tener conexión unos con otros. El mismo *modus operandi*. Debido a esta similitud los casos fueron tratados como producto de un asesino serial. Cuando murió su hermana, puedo entender que por su edad de tan solo catorce años nadie haya pensado en usted como un sospechoso. Pero ahora es diferente. Ha llevado a cabo los asesinatos más sangrientos que nadie pueda imaginar. Debe cuidar cada paso que da. Aunque déjeme decirle una verdad absoluta: No hay luz que no se apague, ni tinieblas que duren para siempre. Hasta el sol, mi querido señor H., tendrá que completar su ciclo algún día.

Repita esto en su mente, Homer, «yo los maté, yo los maté, yo los maté...». Repita eso hasta que su mente se convenza de ello. No deje que otro pensamiento lo distraiga y solo repítalo.

Para concluir con esta carta que se ha vuelto testamento, quiero decirle que no me sorprende en

absoluto de su manera de actuar. Simplemente volvió de su recuerdo y cerró la puerta dejando a *Terry* encerrado con una sentencia segura para cuando usted regresara. Subió a su automóvil y cogió el rumbo hacia la panamericana sur. No hace falta entrar en detalles de hacia donde se dirigió. La montaña *Elf Mist*, la que guarda más de una docena de sus oscuros secretos lo esperaba.

Espero que en su respuesta incluya los detalles de lo que descubrió sobre su exesposa *Sharon*. Yo lo sé, pero siempre me resultará agradable recibir sus narraciones y poder percibir la transformación de su personalidad. Desde la primera carta hasta este momento, señor Homer, ya no es el mismo.

Revise la gaveta de su mesa de noche. Encontrará una nota con mi correo electrónico. La comunicación será a través de este medio, debido a que de ahora en adelante usted no tendrá un hogar al cual volver. Lleve consigo un celular para que pueda enviar y consultar su bandeja de entrada.

Atte.: El exterminador.

Posdata: Los muertos que me rodean saltan de alegría al saber que cada día usted está un paso más cerca de encontrarse cara a cara conmigo. Ellos estarán presentes, no puedo negárselos.

A: Exterminador.

Espero no alterar tu estado de ánimo, pero te suplico me perdones por omitir el paisaje que me rodea. Si lo describiera no tendría mucho sentido. Irónicamente me encuentro en un edificio abandonado casi con las mismas características del lugar en el que dices que te encuentras. Lo que realmente creo que sucede es que te estás burlando de mí. Sé que observas todo lo que hago, y no logro comprender cómo lo haces. Solo sé que las descripciones que diste en tu carta anterior corresponden al mismo lugar que ahora me encuentro para esconderme. Supongo que ya sabías que vendría aquí después de enterrar a *Shanaya*. De ser así debo estar muy cerca de ti, no entiendo por qué no sales.

También estoy recorriendo los pasillos oscuros de este abandonado edificio. Siento un deseo inmenso de llorar inexplicable. Tocaste las fibras más sensibles de mi ser cuando mencionaste a mi hermana *Lily*, a mi madre *Estefany* y a mi padre. Yo era feliz antes de que tu llegaras a mi vida y lo pusieras todo de cabeza. Me hiciste recordar los monstruos que un día creí que se había marchado para siempre. Las pesadillas y el sentimiento de culpa me torturan. Sin embargo, y pese a que las evidencias apuntan hacia mí, voy a mantener mi palabra de que soy inocente. Por ahora estoy huyendo porque no me ha quedado otra opción, pero sé que un día levantaré mi frente y veré a todos a la cara. Ellos también me verán y dirán « *Verdaderamente este hombre era inocente* ».

Estoy recorriendo la antigua casa de mis padres. Esta casa que mi abuela vendió a la municipalidad para que la usaran como hospital dadas sus dimensiones excepcionales, después de la repentina y trágica muerte de mis padres. Que espero, este no sea otro delito que quieras hacerme creer que cometí. Estás jugando con mi mente, estoy agotado y desgastado. Por favor, déjame en paz. No me sigas torturando.

Estoy convencido de que yo no asesine a *Shanaya*. No lo recuerdo, y si no recuerdo eso es porque nunca pasó. Tampoco lastimé a mi pequeña hermana. Juro por Dios que tampoco les hice eso a mis padres.

Volviendo a los detalles de tu carta acusadora, todo lo que recuerdo de la noche en que encontré a mi cuñada muerta en mi cama es que llegué temprano a mi apartamento. Luego me quité la ropa y me quedé en bóxer para andar relajado. Entre a la bañera y dormité hasta perder la noción del tiempo. Sé que ella llegó y salió en tohalla a la sala y hablamos sobre mi exesposa. Nos dispusimos a ir juntos a reportarla como desaparecida cuando de repente sentí una jaqueca que me cegó. Subí al cuarto y tomé una pastilla. Entre a la bañera olvidando que ella aún me esperaba en la sala. Creo que volví a quedarme dormido.

Al despertar salí de la bañera y caminé desnudo hasta mi cama. No sé como describirte lo que sentí cuando vi a mi cuñada desnuda y esposada de pies y manos. Su sangre ya coagulaba en el piso. Tenía la mirada perdida en el cielo falso. No pude evitar cruzar mi mirada hacia sus

genitales. Su sexo a ú n escurria semen y sangre. Me horroris é , me espant é . No sab í a que pensar ni como actuar. Revis é mi pene como si supiera que a ú n habiendo dormido como beb é , cab í a una infinitesimal posibilidad de que yo hubiera hecho tal atrocidad. No encontr é mi miembro con se ñ ales de haber tenido sexo recientemente.

Imagin é que esta era otro obra naciente de tus enfermizos instintos psic ó ticos. Me resign é a pensar que deb í a deshacerme de ese otro cuerpo tambi é n. Era lo má s recomendable. No pod í a ir a buscar al detective *Brown* y arrojarle todo esto de golpe como si nada. É l ni nadie creer í a en mi inocencia. Ya lo hab í a comprobado cuando le habl é de las primeras cartas amenazadoras.

Esa noche puse el cuerpo en la cajuela del carro y conduje hacia la monta ñ a *Elf Mist*. Mientras conduc í a por las misma carretera de curvas tupidas de peque ñ as plantas que crecen con flores amarillas en los pastizales, record é los d í as de campo que mi amada *Sharon* y yo tuvimos en las vacaciones del mes de Julio. Tuve una imagen mental en la que yo corr í a tras ella, la atrapaba y cruzaba mis brazos en su espalda. Nos dejabamos caer a prop ó sito en la hirva. Luego me sub í a sobre ella y la besaba apasionado: termin á bamos haciendo el amor con dulzura. Me sent í a libre como el viento llevando a cabo una pr á ctica tan natural y sana con mi mujer amada. Eran d í as felices que ya no iban a volver.

La oscuridad de la noche me tra í a recuerdos de *Sharon* como si el parabrisas fuera una pantalla de cine. Nos vi riendo y posando para la foto de nuestra boda. Ten í amos la nariz cubierta de pastel. Ella luc í a su vestido blanco de escote con una gran sonrisa que no pod í a pasar desapercibida su perfecta dentadura. Otro recuerdo fue al cogerla en mis brazos y alejarnos al cuarto mientras nuestros invitados todav í a celebraban nuestra uni ó n.

Al volver en mí , Supe que no iba a ser fá cil llegar a la monta ñ a, desenterrar el cuerpo y luego ver si a ú n quedaba indicios de que ese cad á ver pudiera ser mi exesposa. Conduc í a el auto con un alelamiento que no me dejaba tener percepci ó n de la realidad. Me negaba a creer que yo hubiera enterrado y abandonado en la oscuridad a la mujer que me obsequi ó los mejores a ñ os de mi vida.

Al llegar al tenebroso bosque dej é el auto a una orilla de la trocha. Caminé con la expresi ó n de un condenado que se dirige a la silla el é ctrica o a recibir la inyecci ó n letal. Cog í fuerzas de donde ya no me quedaban y saqué la primera palada de tierra. Hice una pausa en la que me pregunt é as í mismo la estupidez que estaba haciendo. Entre la lucha con mi conciencia de si deb í a cavar o no, llegué sin darme cuenta al punto en el que mi herramienta roz ó la bolsa pl á stica.

Contuve la respiraci ó n para no inundar del nauseabundo hedor mis pulmones. Prepar é mis ojos psicol ó gicamente para encontrarme cara a cara con algo má s que una simple verdad. Esperaba una imagen que no podr í a borrar jam á s de mi mente. Antes de rasgar la bolsa previsualic é un rostro inflamado cubierto de gusanos blancos y largos entrando y saliendo por los orificios donde alguna vez estuvieron sus ojos, nariz y boca. Asimismo millones de larvas depositadas en su garganta. Eso es algo para lo que no te preparan en la escuela de medicina, a excepci ó n de los forecences que hacen algo similar a la tarea que me ocupaba en ese momento. Tarea que le ir í a mejor al creador de *Frankenstein*.

La noche se volvió pleno conticinio. El aire adquirió el frío de un freezer que al abrirlo expulsa niebla. Imaginé el terror que induce el piano que mencionaste al ser tocado por manos diestras de alguien que ya no está físicamente en este mundo. Cuando pensé que mi noche ya no podía volverse peor, ocurrió lo inesperado. Rasgué la bolsa de plástico con todas mis fuerzas. Lo que encontré robó mi aliento. Un maniquí femenino me miraba con ojos inertes y una sonrisa burlesca y diabólica que resaltaba con un labial rojo. Tenía puesto el vestido rojo que *Sharon* lució en nuestro segundo día de luna de miel.

En ese momento no supe si debía reír o llorar, si debía estar furioso o contento o atemorizado. Me jugaste una mala pasada que tampoco vi venir. Ahora en lugar del maniquí, dejé el cuerpo de *Shanaya* enterrado y cubierto de maleza. Sentí que estaba haciendo justo lo que quería. Guiaste mi vida a un callejón sin salida. Te digo esto porque lo peor estaba por llegar.

Empecé a alusinar y a perder la conciencia. Caminé desorientado por el bosque durante cinco días sin comer ni dormir. El cansancio creó en mi mente recuerdos cruzados. No supe más de mí, ni cuando ni cómo llegué a parar a ese bosque. Por instinto de vez en cuando caminé hasta un charco de agua donde bebí hasta saciarme. Ello me causó cuadros de diarreas que me llevaron a la deshidratación.

Finalmente encontré una luz al final del túnel. Un campesino me encontró dormido bajo un tractor abandonado. Me cargó hasta su humilde granja. Durante días trato de reconfortarme con sustancias de pollo. Calmó mis fiebres con paños de agua tibia. Por las noches encendí a una vieja chimenea y me acostaba frente a ella en un desgastado sillón.

Pude haberme quedado más tiempo hasta recuperarme por completo, pero una vez más las sombras de tu enferma mentalidad me siguió. El anciano salió a darle de comer a sus cerdos cuando escuché la interrupción a la programación regular de una emisora para dar noticias de último momento:

« Yo soy Henry Miller y estoy informando en vivo y en directo desde el residencial *St. Ellen* Aquí en la ciudad de *New Tawn*. Hace algunos minutos la ciudadana *Mery Lee* llamó a la Policía Nacional para que investigaran e identificaran el lugar del cual provenía un hedor putrefacto que impregnaba el aire del vecindario. Al presentarse al lugar encontraron el cuerpo sin vida de un hombre afroamericano en el interior de la bodega de uno de los apartamentos. Su nombre era *Terry Smith* de treinta y seis años de edad. Fue reportado como desaparecido hace dos semanas. Lo encontraron amordazado y atado de pies y manos.

El principal sospechoso es el doctor *Homer Hernán Delaney*. Informamos que ya estaban difundiendo su fotografía a por todos los periódicos, canales de televisión y sitios *Web* para que lo reconozcan por si llega a verlo y pueda llamar a la p... » .

Un segundo reportero interrumpió al primero para dar a conocer detalles recientes. « La camioneta del doctor *Hernán* fue hallada a orillas de una trocha, en medio del bosque en la montaña *Elf Mist*. Dentro de la cajuela se encontraron pequeñas partículas de sangre. A unos seis metros de distancia encontraron una pala y una piocha que posiblemente fueron utilizadas para enterrar el cuerpo de la persona a quien pertenece la sangre recuperada como evidencia » .

« Conocimos de manera preliminar que la t écnica canina los condujo al lugar donde se presume fue enterrada la v íctima. Al realizar la excavaci ón y extracci ón se encontr ó un cad áver en avanzado estado de descomposici ón. La huella dactilar reconstruida en el laboratorio *Interrogation Criminally* arroj ó la identidad de *Shanaya O'Brien* de treinta y dos a ños. Las caracter ísticas de la v íctimas son; mujer blanca, cabello rubio, de un metro con setenta cent ímetros de altura. » .

Entend í que deb í a marcharme cuanto antes. Qued é a la deriva, sin reputaci ón, sin carrera, sin casa, sin carro, sin dinero. No tengo absolutamente nada. Por ello espero que alg ún d ía este buen hombre me perdone por haber robado trescientos d ólares que encontr é bajo su almohada. Tambi é n cog í las llaves de su destartalada camioneta. Solo por esta raz ón es que considero que todav ía veo la luz donde t ú quieres que vea tinieblas.

Conduje hacia el norte, en direcci ón a *Pine City* donde viv ían mis padres y mi abuela *Candie* que en paz descansen. Me detuve en una gasolinera casi en medio de la nada a echar veinte d ólares de combustible. El joven que me atendió parec ía muy entretenido con su celular, por lo que me sent í seguro de no haber sido reconocido. Vi que en el s úper no hab ía gente comprando. Pens é en entrar para abastecerme.

Al entrar a la tienda fui con mesura por el segundo pasillo. Observ é hac ía el mostrador y vi a una joven de cabello negro y ojos caf é que observaba un cat álogo de cosm éticos. Rob ó mi atenci ón el delineado negro en sus ojos que asemejaba a una egipcia. Adem á s su cabello corto a la altura de sus hombros me hicieron creer por un momento que estaba contemplando a una f é rrea admiradora de la cultura egipcia. Sosten í a un l ápiz de tinta para marcar los posibles productos que quer ía adquirir.

Supe que ella no vio nada inusual en mí , pero dado que estamos en una era digital y que los chicos no dejan su celular un instante, cog í una gorra y un par de gafas para el sol y me los puse con todo y etiquetas. Para ese momento ya era posible que mi fotograf ía se hubiera vuelto viral en redes sociales. Lo de ponerme los art ículos con todo y etiquetas lo hice para evitar que ella pensara que no quer ía pagarlos y se sintiera segura de que esa no era mi intenci ón. Lo que menos quer ía era ser entregado a la polic ía como el má s vil idiota. Le grit é desde atr á s « Disculpa, jovencita, quiero esta gorra y estas gafas. En un momento te pago » . La chica solo asinti ó con la cabeza sin dejar de hojear el cat álogo.

Después cog í un paquete de cigarrillos, una botella de licor y media docena de bolsas de comida chatarra que inclu ía; papitas, palitos, tortillitas y caramelos. Por ú ltimo saqué una soda del exhibidor. Por el reflejo del vidrio pude divisar una camioneta azul con placa de *New Tawn*. Aparc ó fuera del establecimiento. Mantuve la calma, fui donde la chica y le pagué . Luego pregunt é donde estaba el ba ño. Ella me indic ó un pasillo a la izquierda, por donde hab ían de pasar los que acababan de llegar.

Apresuré el paso hacia el ba ño. Me sub í a la taza del inodoro y vi por el tragaluz. De la camioneta bajaron dos hombres que cerraron con prisa y aseguraron las puertas. Con dificultad vi a una mujer rubia sentada en los asientos de atr á s. Usaba un sombrero negro y gafas. No supe si

se había quedado allí por gusto o algo misterioso ocurría. Lo que sí sé es que de momento pensé en protegerme de ser descubierto.

Los hombres preguntaron si podía usar el sanitario. Cuando escuché lo que temí, cerré la puerta del cubículo que ocupaba, sin embargo, había otros disponibles que podía usar.

Ambos hombres entraron al baño bromeando con palabras soeces sobre temas de sexo en lo que orinaban, especialmente sobre quién podría hacer gemir más fuerte a la rubia que aguardaba en la camioneta. Mantuve los pies sobre la tapa del inodoro y vi por una endija. Uno de ellos era el conductor de la camioneta Hilux, el compañero de *Terry Smith*. Temí por mi vida. Confirmé que las intenciones de su viaje eran seguir la pista del asesino que había dado muerte a su compañero. En ese instante deseé poder abrir la puerta y tirarme a sus pies y jurarle mi inocencia. Pero sabía que era un error que podía costarme un balazo en la cabeza. Y en el peor de los casos una muerte lenta y dolorosa.

Por la endija pude ver el odio y deseo de venganza en sus ojos. La frente se me llenó de sudor. Un temblor sobrecogió mi cuerpo. El hombre que lo acompañaba le dijo « Escucha, *Billy*, encontraremos al asesino de nuestro hermano. No descansaremos hasta sacarle los ojos ». En ese momento supe que el afroamericano se llamaba *Billy*. Al menos eso ya era un avance, saber de quién debía cuidarme.

Billy contestó « Así es, lo vamos a hacer sufrir y suplicar una muerte rápida. Sin embargo, seré como lo he dispuesto, al estilo de *La Masacre de Texas*. No quedará contento con solo sacarle los ojos, sino la puta lengua a ese hijo de puta doctorzuchó. Lo sacaré de su piel como si fuera un traje prestado que ya le toca devolver. Quebraré sus piernas con un mazo hasta que los huesos se fragmenten. Volaré sus sesos de mierda con una ráfaga » .

Terminaron de orinar y salieron del baño. Escuché el sonido de la puerta cerrarse. También el motor de la camioneta enderose y arrancar. Solo entonces bajé los pies y salí casi contando los pasos. Ya me sentía muerto en vida. Una sentencia ya colgada en mi cuello.

Salí del establecimiento, subí a la camioneta y la puse en marcha. A dos kilómetros de distancia abandoné mi medio de transporte a la orilla del lago Xolty. Allí encendí el motor y coloqué una piedra en el acelerador. El vehículo en marcha se hundió en el lago en pleno atardecer. Ya no me servía, puesto que a esa hora el anciano del bosque de *Elf Mist* ya debía haber reportado el robo. Después de ello me interné en el bosque de *Pine Ciry*, viajé por caminos hasta llegar a la antigua casa de mi abuela paterna *Candie Wessels*.

Desde hace quince días permanezco aquí conviviendo entre ruinas y ratas. Porque eso es ahora este lugar, un cementerio de reliquias. Aquí no hay personas con quién platicar. Todos abandonaron sus casas y se mudaron de un día para otro. Entiendo que la muerte de mis padres y de mi abuela los haya consternado, pero me parece que exageraron al abandonar todo lo que tenían por un miedo irracional a enfrentarse a la idea utópica de que ellos eran los siguientes en la lista de ese asesino misterioso que aparecía en noches calidas como esta.

Algunas veces me aburro y me instalo en alguno de los edificios abandonados, que son muchos y hay para escoger. El que más me gusta es el *Hospital Central Attention*, porque me recuerda mucho cuando viví con mis padres en él, cuando aún era nuestra casa. Todavía me duele saber

que mi abuela la haya vendido al Estado para que la convirtieran en un hospital. En todo caso es a la se ñ orita *Victoria* a quien le agradezco que se haya preocupado por mí para que yo pudiera estudiar Medicina en ELAM Cuba.

Te env í o respuesta por correo electr ó nico, seg ú n como indicaste hace ya un par de semanas, Exterminador, ¿ o deber í a decir *Sharon*?

Atte. : *Homer Hern á n Delaney.*

Pine City 09-02-2020

Querido Dr. Hernán Delaney.

Hace algunas semanas que no tenía noticias tuyas. Eso no quiere decir que no lo observe. De hecho, usted lo dijo de maravilla, que mejores palabras no hubiese encontrado yo. Estamos tan cerca uno del otro que casi se podría decir que vivimos en la misma casa, dormimos en la misma cama y comemos en el mismo plato. Creo que también hemos gozado del sabor de un buen trago de whisky, o *York Washington* y compartido el mismo gusto por las damas. Así que le suplico encarecidamente que concidere con presteza replantear la posibilidad de visitar a un psiquiatra, tal como usted me lo recomendó. Eso es debido a que en su carta anterior me confundí con *Sharon*.

No sé si yo sea *Sharon* o *Jessy*, incluso puedo ser la señorita Victoria. También puedo ser solo un desconocido. Pero en este caso me inclino más por la idea de que usted y yo somos íntimos, aunque no me recuerde. No saque conclusiones precipitadas todavía. No coma demasiadas ansias. Le prometo que estamos muy cerca de encontrarnos cara a cara y terminar de una vez por todas esta situación.

En esta ocasión le voy a decir por qué lo he guiado hasta *Pine City*. Para comenzar, quisiera llevarlo en retrospectiva dos años después de que su hermana *Lily* fuera asesinada. Usted ya tenía dieciséis años cumplidos. Su madre desconectada con el mundo real cada día se consumía en su propio encierro. Su padre más fiestero que nunca, cada noche de motel en motel: malgastando el dinero en sexo, drogas y alcohol. Si bien es verdad que la profesión da dinero y prestigio, ese dinero y ese prestigio no duran para siempre cuando se pierden los valores y el respeto a la familia. Seis meses después su padre se declaró en bancarota. Entonces la señora *Candie* habló con él para ofrecerle su apoyo económico.

Pese a que su abuela se ocupó de usted en todo lo que pudiera necesitar, se llegó a sentir abandonado por sus padres que día a día se perdían cada uno en sus propios mundos.

La señorita Victoria, hermana de su padre, nunca se casó ni tuvo hijos, así que vio en usted la oportunidad de ser madre. Lo llevaba a comprarse la mejor ropa del momento. Lo alcahueteó comprándole una computadora de escritorio. Asimismo, se encargó personalmente de supervisar su educación.

Todo parecía indicar que llegaría a ser un hombre de provecho para la sociedad. Sin embargo, usted tenía otros planes. Su autoestima estaba por el suelo, su péximo comportamiento ascendió hasta dejar escapar su verdadero monstruo interior. Desató todo el rencor que había acumulado durante años en contra de sus más cercanos en una sola noche.

Espero recuerde como si hubiese sido hoy cuando se dirigió a la cocina y abrió la llave del cilindro de gas. Luego giró los botones de la estufa y dejó escapar el gas licuado de butano. Posterior subió las escaleras y fue a ver por última vez a su madre que estaba acostada en su cama como todos los días, doblada por los antidepresivos. La miró estoico y cerró con llaves la puerta.

Después entró al estudio del señor *Thomas*. Lo vio sentado en su escritorio, con la cabeza recostada en sus brazos cruzados sobre el mueble. A su lado tenía una botella de licor recién comenzada. No era que solo hubiera tomado un trago o dos, sino muchas botellas. Esa solo era la nueva que acababa de destapar.

A medida que avanzaba la noche se apresuró a consumir el siniestro. Jaló la puerta y también la cerró con llave. Fue a la cochera de su padre y sustrajo un recipiente de gasolina. Lentamente regó el combustible en el piso y en cada uno de los muebles. La ostentosa casa quedó cubierta de gasolina por completo, especialmente en la puerta del estudio.

Salió de la casa dejando un camino de gasolina a su paso. Desde afuera encendió el césped que había recibido el bautismo inflamable. Las llamas corrieron como un tren que viaja a toda velocidad. La cerámica blanca se convirtió en una sabana multicolor; llamas azules, rojas y naranjas se elevaron a la altura de las escaleras. El incendio se propagó a la segunda planta. De un momento a otro se produjo una catastrófica explosión, debido al gas licuado que se escapaba del cilindro.

Me resulta desagradable recordarle como quedaron los cuerpos recuperados en la escena. Su madre apenas pudo ser reconocida por la sortija de casada en su dedo que aún humeaba. Su padre milagrosamente sobrevivió un par de horas. Murió minutos después de haberlo visto a los ojos y estirarle la mano como queriendo decir algo. Por desgracia falleció sin poder expresar esas últimas palabras que se llevó a la tumba, y que ni usted ni yo sabremos.

Meses después el abogado de su padre entregó legalmente las escrituras de la casa a su abuela. Además de nombrarla como su albaceda. Ella mandó que se deshicieran de los escombros y reconstruyeran el inmueble. Un año más tarde vendió la casa al alcalde de la ciudad para que en su lugar construyeran un proyecto de salud pública. Dada la ubicación y buen aspecto del edificio, se consideró conservar la estructura actual y construir más habitaciones en una tercera y cuarta planta para crear el *Hospital Central Attention*.

Así fue como terminó viviendo en casa de su abuela y de su tía Victoria. Se desvivían por su bienestar, y trataron de darle lo mejor. No encontraban la manera de ayudarlo a sobrellevar el dolor que imaginaban que sentía por la pérdida de sus padres. Con el paso de los años se convirtió en un joven apuesto y educado, pero seguía ensimismado en los recuerdos de su pasado. De modo que, en un intento por ayudarlo a superar sus traumas y miedos, lo enviaron a estudiar medicina al extranjero.

Los años de estudio fuera de su país le permitieron la dicha de conocer a su exesposa *Sharon*, quien al igual que usted estudiaba medicina. Se enamoraron y se casaron. En su regreso a su país obtuvieron trabajo inmediato en *New Tawn* en el *Hospital Lucas Pers*.

Los demás detalles ya los conoce, no hace falta que los mencione. Se divorciaron y cada uno se fue por su cuenta. Como no tienen hijos el trámite se realizó con ligereza.

Nada más diré que Victoria se desencantó cuando se enteró que existía una infinitesimal posibilidad de que usted fuera el responsable de haber quemado vivo a su hermano. No se terminó de convencer de su inocencia por ciertas anomalías que nunca pudo entender. Pese a que usted lo negó todo, ella le pidió por teléfono que no volviera a poner un pie en *Pine City*.

Sin embargo, allí está recorriendo las calles de ese pueblo abandonado.

Concluida esa parte de su historia familiar permítame traerlo al presente. Después de la pseudomuerte de *Sharon*, de la muerte de *Shanaya* y de *Terry* ya puede sumar a su lista de perseguidores a *Billy Smith*. Sobre ese misterioso hombre le quiero comentar de manera textual un detalle perturbador que escuché recién en una emisora radial:

« Soy *Henry Miller* informando para CNC Radio sobre el avance de las investigaciones del caso del presunto asesino en serie, el doctor *Hernán Delaney*. Seguí una entrevista que realizamos al detective *Jessy Brown* en el departamento de policía, conocimos que el joven *Terry* era un sicario de alta peligrosidad. Además que visitó esta ciudad junto a su hermano *Billy* dos semanas antes del hallazgo. Ahora se cree que en venganza, *Billy* a secuestrado a la enfermera *Rita Stewart*. De quien se presume sostuvo una relación con el doctor *Hernán*... » .

¿ Se da cuenta? Volvamos en retrospectiva a la gasolinera donde vio una hermosa mujer rubia con gafas y sombrero negro dentro de la camioneta. ¡ Ah! Ya cayó a la razón, *Rita* está ahora mismo recibiendo las dosis de placer que escuchó decir a *Billy* y a su compañero que le darían. Me pregunto cuál de los dos la está haciendo gemir más. Espero se dé cuenta de cómo esta vida hace pagar a cada persona que habita este planeta cada una de las maldades que comete. Por ejemplo, *Rita* es una zorra destructora de matrimonios felices. Y ahora recibe lo que merece. *Billy* es un matón a sueldo, por tal razón recibió por castigo la muerte prematura de su hermano, quien a su vez era otro matón. Y usted es un asesino empedernido que está huyendo de su destino; de una sociedad indignada y de una policía deseosa de ponerlo frente a un juez para escuchar la hermosa sentencia de pena de muerte. Lo irónico de este embrollo radica en que, mientras huye de ellos cada vez se acerca más a mí .

Por cierto, para liberar un poco su alma atormentada, decidí que ya era hora de enviarle una carta al detective *Jessy*. Debe estar leyendo y dándose por enterado de que usted es el cirujano que operó a su hija *Natasha*, hace dos años, y que curiosamente no murió en el quirófano, sino en la sala de recuperación cuando se supone que ya había salido de peligro. Y así sucesivamente envié por lo menos veintiuna cartas más a todos los familiares de pacientes que fallecieron en el *Hospital Lucas Per* y en el *Hospital Central Attention* cuando fue residente. No quiero imaginar los mensajes de reprobación que deben estarle enviando a su correo sus colegas.

Yo que usted cuidarí a mejor mi espalda. *Jessy* debe estar buscándolo con la furia de una bestia salvaje para triturarle los huesos con sus colmillos. No creerá que sea suficiente solo con el hecho de encerrarlo. Esta persecución se ha vuelto personal y no creo que descanse hasta encontrarlo. Eso si *Billy* no lo encuentra antes y se le adelanta para llevar a cabo su destazo con una cierra como en *La masacre de los cerros Apalaches*.

Para concluir, responderé lo que le dije al inicio de esta carta; que le diría el motivo por el que lo he guiado hasta la ciudad donde nació y creció junto a sus padres. La razón es porque quiero que me conozca. Le prometo que solo estoy terminando los preparativos y estaré listo.

Con aprecio fraternal: El exterminador.

A: Exterminador@correoelectrónico.Sic

Hoy salí de mi escondite y caminé en plena calle principal de *Pine City* donde alguna vez caminé cuando era un niño. La maleza reclamado gran parte del pavimento que ahora luce con baches y grietas. Crecen sarzas y matorrales dentro y fuera de las casas donde las aves hacen sus nidos. Vi arbustos de zarza mora y chilincocos con frutitas; comí todas las que pude y también llené los bolsillos de mis pantalones. No sé cuándo ira a ser mi próxima comida.

Sentado en una banca de las ruinas del parque, el sabor de las frutas silvestres me trajo el esfumado recuerdo de un día que *Sharon* y yo preparamos una tarta de cerezas. Escuché nuestras risas y los utensilios como si por un instante fui llevado en espíritu a esa reminiscencia. Solví en mí con angustia, no podía comprender cómo había arruinado mi matrimonio. Ya ni siquiera me importaba mi situación actual. Solo quería ver a *Sharon* y decirle viéndola a los ojos, que si ella creyera en mi inocencia, solo eso me bastaría para entregarme a la justicia o a quien tenga que rendirle cuentas y decirle « Estoy listo, acepto la pena de muerte si es necesario ». Pero me iré tranquilo sabiendo que una sola persona ha creído en mí .

Me pregunto cuántas personas pasan situaciones similares, pues estoy consciente de que no soy el único. Personas que han sido injustamente condenadas por crímenes que nunca cometieron. Personas que juraron no haber cometido esta o aquella cosa, mientras los dedos acusadores con bocas injuriosas les negaron la oportunidad de demostrar su inocencia. Cuántas familias se habrán destruido por un malentendido que alguna de las partes se negó a tratar de entender. La vida es injusta cuando es el hombre el que reparte justicia. Y el que es necio se niega la oportunidad de encontrar la verdad.

De pronto levanté mis manos y salí corriendo en círculos por todos lados con grandes carcajadas. Gritaba a pulmón lleno lo libre que soy, sí soy libre, amo la libertad. No sé si sea porque en la soledad de esta ciudad fantasma he encontrado la verdadera libertad o sea por la demencia que me produce el aislamiento.

Caminando por allí , me acerqué a un edificio donde crece maleza hasta en el techo. Traté de no pararme en los vidrios de un parabrisa que está quebrado en el asfalto. Es de un carro rojo deteriorado por el sarro y el tiempo. De improvisto una rata salió de entre los podridos asientos. No me causó ninguna reacción. He perdido la sensibilidad o simplemente ya nada puede impresionarme. Inspiré relajado y seguí mi camino hacia el interior del edificio.

Los recuerdos no se hicieron esperar y todo se proyectó como en una pantalla de cine; las personas yendo y viniendo, niños llevados de la mano por sus madres, padres amorosos jugando fútbol con sus hijos, abuelas obsequiando muñecas y carritos a sus nietos... El murmullo de las personas y los múltiples colores de las prendas que lucían se aceleraron como la imagen que se ve cuando ves pasar un tren a gran velocidad que solo alcanzas a distinguir a las personas por la figura y los colores de sus prendas. Cuando volví en mí salí del lugar para evitar que se proyectara la imagen que temí , sin embargo, de todas maneras ocurrió . Vi a mi madre y a mi “ YO ” de ocho años. Estábamos comiendo un helado de chocolate en este centro comercial. Me distraje con un cachorrito que se salió de una caja en la que había un letrero que decía

« coja uno, son gratis ». El helado se me cayó de la emoción y salí corriendo hacia el animalito, pero me detuve en plena carrera. Volví a ver a mi madre porque recordé que no me dejarían que tuviera uno. Sus ojos brillantes y su hermoso cabello negro lo recuerdo como una fotografía que no voy a borrar jamás de mi memoria. Sonrió y me dijo « vamos, coge al cachorrito y agradece al joven que los está obsequiando. Date prisa, te compraré otro helado » .

Al volver en sí, no pude evitar llorar desconsolado. Extrañé a mi madre y me desvaneci en el suelo. Quedé en posición fetal durante minutos. Fueron lo suficiente para poner en orden mis pensamientos y demostrarme que puedo volver a empezar. Pero antes... mi objetivo es encontrarte. Con una nueva mentalidad supe de qué manera destruirte y lo sabrás muy pronto. Mucho antes del tiempo que te tome terminar tus supuestos preparativos.

Sacudí el polvo acumulado en mis pantalones por tantos días de deambular como un mendigo. Busqué el camino de regreso a la gasolinera que había dejado muchos kilómetros atrás y caminé entre la maleza y bajo el sol de medio día. Fue una odisea. Mientras caminaba no sabía a qué era real y qué no lo era. Caí desmayado por la insolación severa que sufrí. De vez en cuando volvía a del desmayo y podía ver en el cielo brillante una paz abrazadora que me invitaba a cerrar los ojos por completo.

El sol ardía fuerte en mi frente y reí para sí cuando vi en lo alto tres o cuatro zopilotes que sobrevolaban en círculos. Cerré los ojos y entregué mi ser suplicando piedad al ser supremo, si es que existe, para que en el juicio que me esperaba en su presencia al menos pudiera tener un juicio justo, ya que aquí en la tierra eso era imposible.

Luego de cerrar mis ojos y dejarme invadir por esa sensación llenadora, abrí mis ojos y me llevé una gran sorpresa. Desperté acostado en una cama. Miré a mi alrededor y vi un crucifijo en una de las paredes que me rodeaban. Eran tan blancas que parecían echas de nubes. No hay una metáfora o un símil que me ayude a describir la blancura de las paredes y el piso.

Salí de la cama y fui a la puerta que era como un campanario. Eran altas y echas con una madera preciosa, y ni con todo eso opacaban el resto de cosas hermosas que admiré. Salí a una sala enorme que tenía docenas de ventanas, y en ellas colgaban cortinas blancas que parecían echas por manos celestiales.

El silencio era hermoso y a la vez extraño. No extraño en el aspecto de producir miedo o misterio, sino una quietud que desee durara para siempre. De pronto vi mi ropa y me extrañé de llevar un pantalón negro de vestir y una camisa de botones blanca. También traía puestas unas zapatillas color café y un cinturón del mismo color. Luego toqué mi rostro y añadí otra sorpresa, no llevaba mi barba desaliñada de hacía quince días atrás. Estaba perfectamente rasurado y un buen corte de cabello.

Luego vi a un señor de blanco con una estola cruzada en su cuello. Era un anciano con la tez arrugada, pero con un rostro agradable que me inspiró confianza. Desde lejos me hizo señas para que me acercara a él. Lo vi entrar a algo que parecía a un confesionario. Caminé hacia él por en medio de un pasillo largo que se formaba por una hilera extensa de bancas. Volví la mirada hacia un altar donde había una imagen de *Jesús* y de *María*. Fui descubriendo más imágenes

de otros santos a medida que avanzaba.

Al llegar al confesionario, solo vi la silueta del hombre que se asomaba por una pequeña ventana. Sin verlo imaginé su señal para que me arrodillara. No dijo nada y esperaba que lo hiciera. Hice muchas preguntas y siempre permanecí callado.

Finalmente comencé a decir lo arrepentido que me sentía por cosas que nunca había hecho. Era una sensación extraña. Casi era como estar declarando en mi propia contra. Narré cada uno de los sucesos que me habían acontecido. Cuando terminé me di cuenta de que había llorado durante horas y horas en un llanto incontenible. Era como haber liberado un mar que había alimentando dentro de mí y que día a día me ahogaba. Sentí en mi corazón la sensación de haber sido axuelto de mis pecados.

El señor se levantó y no dijo una sola palabra y se marchó. Salí del confesionario y me dirigí hacia una sala en la que se escuchaban voces. Entreabri la puerta y me llevé otra sorpresa. Vi a mi madre jugando con mi hermana Lily. Un impulso me instó a que entrara en la sala, pero una mano posó en mi hombro. Era el anciano que negó con la cabeza para que no lo hiciera. Me hizo señas para que lo siguiera nuevamente. Antes de ir con él di una última mirada hacia la habitación y vi en sus rostros una paz y alegría que los envolvía. Mi madre me sonrió con la misma cara angelical que llevaba grabada en mi memoria. Único recuerdo que me acompañaba en días grises.

De pronto abrí los ojos y vi que no estaba muerto. La chica de la gasolinera me había encontrado a orillas de la carretera. Ya se había vuelto costumbre que buenos samaritanos me sacaran del abismo profundo en el que me encontraban.

Puso un poco de agua en mi boca y me dijo « Tranquilo, todo va a estar bien ». Después de eso volví a perder el conocimiento. Más tarde desperté y le pregunté donde estaba. Me levanté desorientado de la cama en la que me tenía acostado. Vi que no era la hermosa casa que había visto, sino una humilde vivienda de madera. Una pequeña chimenea y unos cuantos trozos de leña a un lado. Una olla hervía con un aroma a té de hierbas aromáticas; parecía una combinación de albahaca y romero.

La jovencita se acercó con la voz más tierna que en mi vida haya escuchado y dijo « No se levante, señor, no tiene nada que temer. Aquí está seguro ». Sonrió y pude ver en su rostro una compasión inmensa que se asimilaba al anciano de mi alucinación. Ella me habló de nuevo « Tenga, Pongase esta mudada. Son pantalones de su talla, lo sé porque mi hermano es de su misma figura. En cuanto a la camisa me parece que esa sí le va a quedar grande. Esa era de mi papá. Como puede darse cuenta mi padre era un hombre grande ».

Tomé con mucha pena las prendas y las puse en mi regazo. Luego me dio una taza de té y continuó hablando « Esta casa era de mi padre, solía traernos aquí a pescar o a cazar ardillas. Ahora se ha ido ».

Tras escucharla hablar con melancolía le pregunté dónde estaba su padre. Dijo « Mi padre murió hace un par de años, murió de cáncer. Lo detectaron en etapa terminal y... después de eso duró muy poco tiempo, hasta que se fue. Ahora suelo venir aquí para no sentirme sola, sabe. Tiene suerte de que lo encontrara ».

La jovencita se levantó de un tronco de madera seca en que estaba sentada y salió hacia fuera para que yo pudiera cambiarme la ropa. Después regresó, trajo consigo una manta y me la entregó para resguardarme del frío. Luego trajo una bolsa con provisión y me dijo que podía quedarme en la cabaña a el tiempo que necesitara. Esa provisión la llevó para pasar ese fin de semana en el bosque, lejos del pequeño asentamiento. Después se despidió y salió. Antes de subir a su camioneta volvió a mirarme y me dijo « Cuidese mucho, doctor Hernán, y alejese del poblado que está a unos kilómetros de la gasolinera. Allí todos esperan un paso en falso de su parte para entregarlo y cobrar la jugosa recompensa » .

Quedé atónito, con la sensación de que todo había terminado. Entonces bajó el pie de la camioneta, volvió a mí y me dijo « No creo que usted sea culpable de esos asesinatos. No le haría daño a nadie, doctor Hernán, puedo reconocer en su mirada un grito desesperado de inocencia. Ahora vuelva adentro y resguárdese del frío que se aproxima esta noche » . Entonces dije balbuceando « Lo siento... yo lo siento mucho. No debería estar arruinado tu plan de fin de semana » .

La jovencita subió al auto y se marchó. Terminé mi té y puse otros trozos de leña a la chimenea. De pronto el frío que pronosticó invadió el espeso bosque. Una bruma densa y fantasmal cubrió de blanco todo a su paso. Comí un poco y tomé otra taza de té antes de quedarme dormido.

A la media noche un ruido de ramas quebrándose en el suelo me alertó de que algo no andaba bien. Cerré la puerta metálica de la chimenea y traté de divisar algo por las endijas de las tablas de la pared. Desde la empinada colina vi que venían varias antorchas abriendo paso entre los árboles en dirección a la cabaña.

Di un salto y metí a la bolsa de mi nuevo pantalón todo lo que pude meter de la comida que me dio la desgraciada traidora. Caminé sin parar en medio de la oscuridad que parecía volverse cada vez más espeluznante. A medida que avanzaba miraba como las personas con las antorchas se acercaban a la cabaña. Escuché ladridos de perros y murmullos de una aglutinada y ambiciosa multitud de lugareños.

Segundos más tarde supe que no eran solo lugareños los que me seguían, sino también el mismísimo detective *Jess Brown*. No comprendo cómo pude ver su rostro a pesar de las tinieblas que nos separaban, pero era un rostro al que solo le faltaba volar chispas por los ojos. Parecía un hombre endemoniado dispuesto a matar de manera atroz al hombre que le había arrebatado la vida a su hija. No importando que eso implicara ir en contra de las leyes que el representaba como autoridad. Llevaba en sus manos el arma de reglamento con una seguridad en sus diestras manos que posiblemente tenía en mi nombre grabado.

Jessy entró a la cabaña y tomó el pantalón que dejé al cambiarme de ropa. Puso la prenda en la nariz de los sabuesos y les ordenó encontrar al objetivo. Apresure mis pasos y bajé por una quebrada, sabía que mientras siguiera esa ruta y permaneciera caminando por el agua, les sería difícil encontrarme. En reiteradas ocasiones resbalé con las piedras que acumulaban lodo y se habían vuelto lisas. Esos sonidos alertaron a mis perseguidores y cada vez sentí que me pisaban los talones.

Llegué a un campo abierto donde el zacate crecía de manera descomunal. De un momento a otro me sentí acorralado, Jessy y la multitud rodearon el predio. Las llamas de las antorchas iluminaron hasta dejar pocos espacios oscuros donde pudiera esconderme. Los perros se volvían locos dando vueltas por todo el lugar. El detective llegó tan cerca de mí que tuve que contener la respiración y rogar para que no diera un paso más y me descubriera.

De repente la muchacha que me había ayudado, la de la gasolinera, hizo girar mi destino en un segundo. Desde el otro extremo del predio gritó con todas sus fuerzas «¡ Por aquí , corran! Lo vi pasar por aquí » . En un instante todos corrieron por la dirección que les dio y yo pude respirar tranquilo aunque fuera solo por un momento, pues sabía que no podría esconderme para siempre.

Increíblemente ella me vio en el escondite y de manera sigilosa fue hacia mí y me dijo « No fui yo, tiene que creerme » . No supe que pensar en el momento, sin embargo, y a pensar de que todo parecía indicar que ella me había delatado, le creí . Creí en ella a ojos cerrados porque no hay peor cosa como el hecho de que te juzguen severamente solo porque creen tener la razón. No pregunté nada sobre el asunto y le pedí que me llevara hacia el camino, por donde me iría a directo de regreso a las ruinas de *Pine City*.

Subimos por la quebrada en dirección al camino. Tuvimos que contener la respiración cuando vimos que dos hombres se aproximaban casi a nuestro encuentro con antorchas. El propósito era el mismo de los que habían llegado en la multitud primero que ellos. No titubé en tapar la boca de la chica. Le indiqué silencio colocando mi dedo en los labios y luego le señale hacia donde venían ellos.

Pasaron a escasos centímetros de distancia. No podía creer que fuera Billy quien andaba con su otro hermano como perros de cacería. La chica tembló al igual que yo cuando vimos en sus manos una afilada daga y un rifle en el hombro.

Esperamos a que se perdieran en el bosque. Después salimos hasta llegar al camino y me pregunté qué tenía en mente. Le pedí que se fuera a su casa y que me dejara ir por mi cuenta. Sin embargo, cuando ella se marchó me asegure de que no me viera volver a la quebrada. Siguiendo la dirección del agua pude borrar mi rastro. De este modo encontré el camino de regreso a las ruinas de *Pine City*.

Esos son los aprietos en los que me he visto en los últimos días.

Atte.: Dr. Homer Delaney.

Pine City 17-02-2020

Estimado Dr. Hernán.

El motivo por el cual le escribo es para enviarle los detalles del sitio exacto donde por fin nos vamos a encontrar cara a cara. Pero antes quiero expresarle que soy un admirador de su ingenio. No imagina cuán sorprendido estoy de su evolucionado método narrativo y su ágil capacidad persuasiva para distorsionar la realidad.

Permítame corregir y decirle, capacidad evasiva de la realidad. Algo que los escritores usan a menudo como una forma de contar lo que sucede sin decirlo tal y como es en verdad. Es como que si usted fuera la cara de la moneda donde figura York Washington cuyo trabajo fue dirigir con pulcritud a EE. UU. Y luego llego yo y me arriesgo con una grata satisfacción a ocupar el reverso donde está el escudo cuya figura geométrica simboliza una triada. Luego hago mi intervención con lujo de detalles sobre la indiscutible verdad que no se debe poner en duda. Porque una vez más está mintiendo, señor H.

Esta es otra de esas ocasiones en las que me siento en el escritorio a la luz de una tenue y enfermiza luna. De hecho, me rodean toda clase de artículos que podrían interesarle a los productores de películas de terror de Hollywood. Cosas que a mí en lo particular ya no me producen ni frío ni calor porque ya aprendí a vivir entre las tinieblas. Eso solo lo comprendemos los que una vez entregamos el alma y recibimos como respuesta una puñalada en el corazón. Cuando alguien nos destruye, señor H., no solo mata lo físico, sino también nuestra alma. Y es ahí cuando perdemos toda conexión con el mundo que nos rodea. Sentimos que el cambio es necesario porque nos obligaron a cambiar. A veces extrañamos lo que fuimos, pero sabemos que a la larga, en esencia seguimos siendo nosotros, solo que sin lados vulnerables porque aprendimos a impermeabilizarnos. Eso me pasó a mí. Como resultado, ahora me he vuelto amigo de los espíritus que deambulan desorientados entre dos mundos. Eso no es un problema cuando somos vacíos por dentro, no hay diferencia entre ellos y los que hacemos daño por placer. Sus quejidos y murmullos lo que producen en mí es el placer de tener compañía. Y es por ello que cada vez me siento inspirado a escribirle y a invitarlo a que nos conozcamos. Aunque aquí entre nosotros, yo quisiera agregarle más tormentos a su alma, señor H., pero ellos me suplican que lo traiga hacia nosotros sin demoras innecesarias.

Lo bueno de ser una persona solitaria es que tengo todo el tiempo para observar y escuchar lo que no vería ni escucharía si otros me distrajeran. Por ello, me siento autoinvitado a narrar la veracidad de lo que sus manos sangrientas esconden y lo que su mano derecha mentirosa ha escrito.

Para empezar, le aplaudo la valentía de permitirse llorar cuando otros reprimen sus lágrimas. También le aplaudo esos vivificantes gritos de paz que arrojó de su boca mientras corría y saltaba en el centro de la calle de las ruinas de esta ciudad, ciudad que usted destruyó con sus propias manos hace muchos años atrás.

Me impresiona que los recuerdos efusivos de sus allegados le toquen fibras sencibles cuando usted mismo los asesinó de una manera atroz. Ni hablar de su madre, un ser tan bondadoso y

lleno del amor más puro que un ser humano pueda recibir.

Para proseguir, hablemos de Amanda Berry, la ingenua dependiente de la gasolinera. Con tan solo veinticinco años se despidió de este mundo sin poder encontrar el camino de regreso a casa.

No puedo imaginar lo que pasaba por su mente cuando ambos se escondieron en la oscuridad de la noche bajo un matorral mientras usted le tapaba la boca. Es verdad que se escondieron de Billy Smith, pero una vez que el peligro inminente pasó, todos los papeles se invirtieron.

Supo que los perros andaban desorientados por sus largos días de caminatas por el bosque, pues su olor particular se esparció por cada hectárea. Eso alejó cada vez más a la enfurecida gente que deseaba capturarlo. Así mismo sus segundos perseguidores que llevaban por objetivo asesinarlo como a un cerdo, también se fueron. Entonces sujetó a Amanda Berry y le apretó la garganta para que no pudiera gritar. La llevó a la cabaña y cerró la puerta. Estando adentro cogió una hacha de cortar leña y arrancó un pedazo grande de la camisa que había dejado cuando se cambió de ropa y se lo puso de mordaza. La golpeó once veces en la cabeza hasta hacerla perder la conciencia. La violó vaginalmente durante unos minutos y luego lo hizo por el ano. Cuando se sintió satisfecho le introdujo dos estacas con estillas por ambos orificios. La sangre se derramó en el catre y se escurrió hasta el suelo.

Amanda Berry quiso recuperar la conciencia pero estaba aturdida. Aún respiraba cuando le dio un hachazo en la garganta y la lanzó de cabeza en la chimenea. Primero se le chamuzcó el cabello impregnando la habitación de ese olor característico. Luego empezó a quemar la carne de la cabeza y el resto del cuerpo que quedaba de fuera. La sangre chasquiaba mientras caía en las brasas.

Después de haber llevado a cabo el hecho sangriento salió de prisa hacia el camino. A un lado vio parqueada la camioneta de Amanda y notó algo extraño, las llaves estaban dentro y en el asiento el celular y otros artículos personales. No le costó mucho entender que la chica no lo había delatado, sino que al dirigirse al pueblo después de despedirse de usted, se encontró con la multitud endemoniada que lo buscaba para cobrar la recompensa que darían por su cabeza.

Haberse enterado de la verdad no fue suficiente para que dejara de delinquir. Robó la camioneta y en lugar de conducir hacia el pequeño asentamiento se fue hacia Pine City donde la soledad y los escombros lo protegen.

Para ir finalizando, al inicio de esta carta le dije que le enviaría los detalles de cómo debe encontrarme. En primer lugar, tiene razón, todo este tiempo lo he seguido sin darle tregua, justo ahora me encuentro en el mismo edificio en el que usted se encuentra. Esa ya es una buena razón para que piense seriamente si debe buscarme con o sin arma.

En segundo lugar, este edificio ya no es igual a cuando fue la casa de sus padres. Ahora tiene muchas salas y habitaciones, pasillos y bodegas. Son demasiados recovecos, de modo que le advierto que no será tan fácil que me encuentre.

A propósito de recovecos, quiero pedirle que visite el sótano porque ahí va a encontrar algunos obsequios que le dejé. Le prometo que eso servirá para que no le tome por sorpresa cuando descubra mi identidad.

En tercero y último lugar, quiero decirle que independiente de cómo termine este juego, yo lo disfruté mucho. Tanto que espero que el final sea de su agrado y de nuestros invitados. No se sorprenda ni sienta temor, no va a estar solo cuando nos encontremos. Van a haber tantos que va a sentir una paz cuando todo esto termine.

Me despido con un inmenso deseo de verlo muy pronto.

Atte.: Exterminador.

Pine City 20-02-2020

A: Exterminador.

La noche me cobija con su manto de encendidas estrellas a campo abierto. Un aire fresco acaricia mi nariz y un suave olor a pino y ciruelas enamoran mis sentidos. La nostalgia me dice que lllore para que encuentre la paz, sin embargo, una fuerza interior me dice que no lo haga porque se llora sin motivos solo cuando se tiene culpa.

Yo creo que no soy culpable de nada, excepto de no haber disfrutado mis días malos cuando eran peores que los que vivo hoy día. Tampoco debí quejarme de cosas insignificantes como un café que se enfrió o una comida que no tenía sal. Esas cosas sin importancia tienen solución, pero no lo tiene el hecho de haberme permitido llegar muy lejos, en un precipicio sin escape. A ese lugar solo llegas cuando eres débil. Cuando no eres capaz de luchar por tu cuenta, cuando no defiendes tu verdad y vives bajo la sombra de tus temores.

Quisiera levantarme de aquí y llegar al lugar en el que te encuentras, pero tengo miedo de que este misterio se cierre sin saber qué fue de *Sharon*. Me niego a aceptar ese final. Por esta razón te pido que me escribas el último correo para que me lo digas y así saber la verdad antes de entregarme ante tu presencia. Estoy seguro que no saldré con vida puesto que he decidido entrar y buscarte sin armas.

Atte.: Dr. Homer Hernán.

23-02-2020

Querido Dr. Hernán

El motivo de este nuevo contacto es para informarle que me desagrada su manera de narrar los hechos en su carta anterior y a la vez para informarle que esta carta la estoy escribiendo mientras lo observo. Se podría decir que es una narración en tiempo real.

Lo observé desde el momento en que se levantó del suelo. Luce una apariencia que podría espantar a cualquiera que psicológicamente no esté preparado para encontrarlo en su camino. Luce un cabello cenizo y desaliñado. Tiene las costillas pegadas al espinazo. Sus arrugas se han pronunciado en su huesudo rostro de apariencia de ultratumba. Las ojeras parecen sacadas de una película de día de muertos, realmente parece una sombra de lo que fue en sus días de gloria.

Lo observo mientras camina hacia la puerta del *Hospital Central Attention*. No puedo creer que ni siquiera pueda sostenerse en pie. Me produce una repugnancia que casi me inspira compasión.

Bajó las escaleras hasta el sótano. Todo está oscuro y en cada lugar que pisa encuentra ratas y vidrios rotos. El hedor es repugnante por el olor de los murciélagos que sobrevuelan en el techo. El sonido del piano comenzó a sonar en señal de que los espíritus están dándole la bienvenida.

Al llegar al sótano se encontró con una caja de madera justo a la vista. Su curiosidad lo llevó a descubrir fotografías de la familia. Su bella madre y su padre posando junto a usted y su hermana. Otra fotografía salen usted y Sharon abrazados y sonrientes. En otra aparece su abuela y tía Victoria luciendo un bello vestido lila, uno que usaron para ser las madrinas de su boda.

También encontró su certificado de nacimiento unida a muchas fotografías de su padre. Al parecer le causó un disgusto que lo llevó a lanzar al suelo la caja completa. Se preguntará por qué dejó ese cajón de los recuerdos justo en el sótano, que es un lugar silencioso y aterrador. La respuesta es porque solamente presenciando hechos desagradables estará preparado para encontrarse conmigo.

Luego salió del sótano y se dirigió al lugar que un día fue la sala principal del hospital. Miró hacia el techo y comenzó a subir los primeros renglones de las escaleras. Mientras caminaba su respiración se aceleró en un desesperado intento por querer llegar al tercer piso.

Ya en el tercer piso fijó sus ojos en uno de los cuartos que tenía la puerta abierta. Había una luz difuminada que dejaba algunos espacios más oscuros que otros. Apreció en la habitación un escritorio atestado de papeles y bolígrafos. Después su mirada se centró en la esquina derecha. Había algo que reflejaba una silueta extraña. En ese momento supo que había entrado a la habitación correcta y comenzó a sudar y a temblar. En el lugar donde vio la silueta la oscuridad parecía volverse cada vez más espesa y palpable a medida que caía la noche.

Empezó a caminar en dirección a la silueta que a la vez daba una especie de brillo por el sol que aún no terminaba de esconderse. Al estar frente a frente descubrió por fin el rostro de quien le escribió todos estos meses. Descubrió el rostro del asesino que hasta este momento había demostrado tener todos los diagnósticos posibles que se puedan dar a un desequilibrado mental, que yo más bien calificaría como psicópata.

Descubrió su rostro en un viejo espejo. Porque usted y yo somos la misma persona. Después de quedar desconcertado ante esta realidad, lo quedó mucho más cuando escuchó las sirenas de las patrullas policiales que comenzaron a rodear el edificio. La pregunta que me hago ahora es, ¿cómo se va a llevar a cabo un juicio contra un sujeto con Trastorno Disociativo de la personalidad, que desarrolló dos personalidades independientes; una de víctima y otra de psicópata?...

[\[Joseph Gu1\]](#) Estado mental que se caracteriza por una gran inquietud, una intensa excitación y una extrema inseguridad.